



**Si no fuera
mi JEFE**

Daniela Briana Jones

Si no fuera mi jefe

Daniela Briana Jones

© Daniela Briana Jones, [Primera edición: Abril de 2019]

ISBN.

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

A las que sean como Claudia: Trabajadora y pasional.

Índice:

Capítulo 1:	12	
Capítulo 2:		26
Capítulo 3:		38
Capítulo 4:		52
Capítulo 5:		71
Capítulo 6:		92
Capítulo 7:		106
Capítulo 8:		119
Capítulo 9:		136
Nota del autor:	148	
Agradecimientos	149	

CAPÍTULO 1

Dieron las seis y cuarto de la mañana, el despertador sonó como cada mañana desde que salí de la Universidad, ni siquiera para una licenciada en Derecho con las mejores notas era fácil encontrar trabajo en los tiempos de crisis en los que estábamos. Tomé una ducha, me vestí con traje formal, cogí mi currículum y salí del apartamento que mi madre a duras penas conseguía seguir ayudándome a pagar, que en realidad, puesto que sólo trabajaba en festivos, eran suyos casi todos los pagos del alquiler, cosa que no me hacía sentir nada bien.

Con ello en la cabeza bajé las tres calles que me separaban del metro y allí encontré lo de cada día: gente subiendo y bajando las escaleras, rebuscando en sus bolsillos para pagar el bono, vagabundos pidiendo, músicos intentando ganarse la vida y demás personas que, al igual que yo, estaban consumidas por la rutina y la creciente crisis que achacaba nuestro país, el fuerte desempleo, los bajos salarios y la fuga de cualquier interés que hubiese existido por parte de otros países de hacer negocios aquí...

Dentro del vagón con la vista perdida recordé historias dolorosas, oportunidades perdidas, amores fallidos...muchas veces me preguntaba si

llegaría algún lado, si no debería haberme conformado, nunca llegaba a responder la pregunta porque, cuando intentaba hacerlo, siempre había llegado a mi destino, se abrían las puertas y sólo quedaba mezclarse otra vez con el resto del mundo cual robots y seguir jugando a la ruleta rusa de buscar trabajo. Subí rápidamente las escaleras, miré el reloj y aún quedaba media hora para que empezara la entrevista en el Bufete de abogados Clarine, llegué con calma al edificio concretado y vi al menos un centenar de personas decididas a conseguir los pocos puestos de trabajo disponibles, aunque era una empresa grande, dios sabía que allí, no conseguiría trabajo ni la mitad, aún así esperé las dos horas de espera y entré en el despacho del gerente encargado de asignar los puestos.

-Tiene una carrera universitaria extraordinaria.

-Gracias –sonreí y me devolvió la sonrisa- Sé que no tengo experiencia laboral como abogada pero en las prácticas saqué buenas calificaciones.

-Más que buenas señorita Lozano, si hubiese venido en otros tiempos... -
Dibujó en sus labios un gesto de desesperanza- El caso es que tal y como están las cosas necesitamos una experiencia, hay gente con años en el poder judicial sin trabajo y...de verdad que, sintiéndolo mucho, porque se ve su valor, hemos de propiciarles primero empleo a ellos –Bajó la vista – Siga buscando, buena suerte.

Acostumbrada a oír lo mismo siempre ¿Cómo querían que obtuviésemos la experiencia laboral si nadie nos daba la oportunidad de hacerlo? España se estaba hundiendo desde hacía años, inteligentes fueron los que terminaron la carrera en el extranjero pero yo, por apego familiar, por arraigo, no lo hice, y allí estaba otra vez...saliendo de una empresa, sin trabajo, sin esperanzas de encontrarlo, con una carrera en el bolsillo y sin saber por dónde continuar buscando algo que parecía haber desaparecido de la tierra.

Al doblar la esquina me senté en el bordillo, deshice el moño dejando caer la melena caoba hasta la cintura, me desprendí de la chaqueta de traje y me quedé apoyando la cabeza entre las manos, cerrando los ojos como si, al abrirlos, los problemas se fueran a haber esfumado, la desesperación era absoluta, volvieron a pasar imágenes del pasado por mi mente hundiéndome aún más hasta que un ensordecedor móvil estropeó mi silencio.

-¿Sí? –Contesté -¿mamá?

-Hola cariño, ¿ha habido suerte? –Preguntó en un tono de total amor hacia mí persona.

-No, pero no te preocupes, tengo más entrevistas. Hoy mismo, tengo prisa que he de coger el metro, un beso –Corté.

Y ahí permanecí sentada, porque en realidad eso no había sido más que otra

mentira, hacía días que como mucho me presentaba a una entrevista, y la verdad es que ya no me quedaban muchos más sitios por presentarme, si bien era cierto que había muchísimos bufetes en Madrid también lo era que casi todos tenían una plantilla grande pero fija.

-¡Ey bruja! –Gritó alguien.

Reconocía esa voz en cualquier parte del planeta, Hugo era fácil de reconocer, quizá por su voz de fémica, quizá por su bufanda de flores, quizá porque era un ser extravagante pero también inigualable. Habíamos sido amigos desde muy pequeños, incluso entramos en la misma carrera, pero él fue inteligente y acabó viniéndose a Madrid, mucho antes que yo para estudiar diseño, cosa que por lo visto le había funcionado y ahora me acompañaba a mí en las tardes en las que se suponía que estaba en entrevistas para evitarle preocupaciones a mi madre y también para evadirme un poco de lo que se me estaba viniendo encima.

-¿Y ahora qué piensas hacer? -Interrogó

-Pues, dentro de tres días pasarán otra vez el alquiler, así que...si no encuentro trabajo en ese espacio de tiempo, cosa que no va a pasar, me vuelvo a Murcia con mi madre, aunque seguiré sin tener trabajo de lo que yo estudié al menos dejaré de pagar un apartamento en el centro.

-¿Abandonarás? –Parecía sorprendido.

-No me queda otra... –Estaba derrotada por una verdad que me estaba costando asimilar a mí misma.

Bajamos hasta el Hard Rock Café en su coche y pillamos una mesa cerca de la entrada, pedimos un brownie y un pastel de chocolate y empezamos a hablar de la nueva colección que sacarían en el próximo octubre, de sus telas, de las modelos...Mientras transcurría nuestra conversación entró un chico que nosotros con mucho gusto evaluamos y clasificamos como chico 10: las llaves de un ferrari saliendo de su bolsillo, una bufanda de channel, traje carolina herrera, alto, ojos claros y pelo castaño. Nos fijamos en si venía sólo o acompañado de una modelo, como cabría esperar, pero finalmente no entró nadie con él. A lo largo de unos minutos sonó su teléfono y contestó en lo que llamaríamos un “intento” de español, evidentemente esa no era su lengua oficial, pero, seguimos escuchando porque nos pareció interesante no sólo él sino también lo que decía.

-Sí, ya he salido, las oficinas no están mal, son céntricas, grandes y hoy mismo están haciéndose las primeras entrevistas, además de la plantilla que trajimos directamente de Suiza ten claro que necesitamos más, daremos trabajo a mucha gente, necesitamos de todo.

Resonó en mi cabeza ese “de todo” y entendí de inmediato que esa era mi última oportunidad. Me levanté apresurada mientras Hugo me miraba enarcando una ceja, sólo asentí, él y yo nos entendíamos así. Me arreglé el cabello lo mejor que pude, mojé mis labios con saliva, tragué y me acerqué aparentando la máxima tranquilidad al tipo.

-Disculpe –se dio la vuelta-¿podría indicarme por dónde quedan las nuevas oficinas?

-¿No le dieron la dirección? – oh no, sonrisa encantadora- Yo se la doy con gusto, C/ Príncipe Carlos número 19.

-Gracias, siento haberlo molestado. –Contesté educadamente sintiéndome victoriosa.

Iba a darme ya la vuelta cuando carraspeó y esperó a que le mirase de nuevo.

-Señorita, las entrevistas de hoy terminan a la una –esbozó una sonrisa y siguió bebiendo entonces su café con hielo.

Empujé la puerta de salida con fuerza, miré hacia los dos lados de la calle, miré mi reloj y caí en la cuenta de que en cuarenta minutos esas oficinas cerrarían su sesión de entrevistas y, para cuando llegase el día de mañana si es que hacían más, ya se habrían enterado demasiadas personas de esa nueva

empresa, era ahora o nunca.

Salí corriendo hacia la entrada del metro, oía resonar mis botas que por suerte eran de tacón ancho por toda la calle. Notaba el pelo balanceándose. Sudaban mis manos de aguantar con fuerza las carpetas y el tiempo pasaba demasiado rápido. Bajé rápidamente las escaleras del metro y pasando el bono vi pasar el metro que debía coger.

-Que bien me viene esperar siete minutos –Pensé con ironía-

Vino el metro, me subí a presión y juro que si no hubiese cabido hubiera tirado a alguien. Llegué a la calle Olmo y quedaban menos de 20 minutos. Corrí otra vez, lo más rápido que pude hasta ver las famosas nuevas oficinas; Estructura gris, 13 plantas, parking privado, agente de seguridad, hombres con maletín, ventana acristalada. Para mi suerte que fueran de esa tonalidad porque así me vi el aspecto y supe que tendría que gastar otros dos minutos en ponerme mínimamente presentable. Entré, pregunte por el aseo, me arreglé y subí a la planta que me indicaron era la localización para las entrevistas: 4º planta.

Al llegar vi las puertas cerradas y solo una decena de personas sentadas esperando.

-¿Están dentro? -Pregunté

-Sí, están terminando una entrevista, es que a las doce o así hicieron un descanso y prácticamente acaban de volver hará un cuarto de hora.

Bien –pensé- Me senté relajada, inventé discursos cordiales y convincentes para la entrevista. Memorice las titulaciones porque me hacía parecer más segura de mí misma y esperé.

Al cabo de 6 minutos salió un chico por cuyo aspecto diría que se presentaba para personal de seguridad seguido de cuatro ejecutivos. Dos de ellos mujeres altivas y de buen porte. Por detrás, dos caballeros entrados en edad del mismo estatus, y por último, ¡el caballero del hard rock café! No podía ser ¿él hacía entrevistas?

CAPÍTULO 2

Increíblemente pareció muy divertido y nada sorprendido de encontrarme allí, me indicó con el dedo que me acercase, y así, aunque a regañadientes, lo hice.

-¿Si? –pregunté con tono más cabreado del que hubiese deseado.

-¿Una buena carrera hasta aquí? –Rió- Se me olvidó mencionarle que nos íbamos un poco antes.

Mi corazón dio un vuelco y recé por mantener la calma y no ponerme a pelear con aquel tipo ¿Por qué me había hecho eso? Le miré con cara de escepticismo y al parece no muy amigable.

-Niña-rió- No te preocupes, volvemos en dos horas y seguimos las entrevistas, a mi me ha parecido divertido ¿tú qué dices?

-Si a usted se lo parece, no tengo nada que decir al respecto. –Me senté aunque podría haberle roto plácidamente un jarrón en la cabeza.

¡Claro que tenía cosas que decir! No una, ¡millones!, pero aún albergaba esperanzas de conseguir colocarme en aquella empresa y, para ello, lo primero que debía hacer era no romperle la cara al tipo. Soltó una pequeña carcajada, una sonrisa encantadora, se arregló la chaqueta y se fue junto con los demás

directivos. Yo tuve ganas de decapitarlo pero sólo me senté a esperar, mientras mi mente se preguntaba por qué me tenía que tocar un posible jefe bromista y descarado. Aunque si es verdad que si no me dieran el empleo tendría problemas mucho peores.

Me mordí las uñas. Me arreglé el pelo. Miré el reloj mil veces. Me paseaba, me sentaba, repasaba, así cíclicamente hasta que dieron las tres. Entraron los cuatro ejecutivos y tras ellos, él...Su porte era impresionante, su sonrisa encantadora, su aire descarado, sus mirada desafiante...

Su voz me dejó helada aunque ni siquiera sus palabras eran exclusivas para mí, aunque sus ojos si parecían verme.

-Entrarán tranquilos, por orden de llegada, y no se preocupen, si son buenos, tendrán un hueco asegurado en esta empresa –Lo dijo como si todos tuviéramos que tener claro en ese preciso momento si pasaríamos o no la selección.

Empezó a llegar más gente, lo que significaba más competencia, gracias a dios era por orden de llegada, aunque las palabras de él me intranquilizaban. ¿Buenos? ¿Qué consideran “buenos”? No sabía nada de esta empresa, ¿Qué vendían? ¿Qué hacían? ¿Necesitarán abogados? Las dudas empezaban a desquiciarme cuando llegó mi turno, lo que, evidentemente, me desquició aún

más.

CAPÍTULO 2

El despacho era enorme, en el centro había una mesa de juntas tras la cual había cinco sillas donde se encontraban los altos mandos. En ese momento, en una vista rápida, pude ver más cosas de cada uno de ellos: La primera señora de la izquierda tendría unos 45 años, llevaba el pelo recogido en un gran moño, llevaba una gargantilla que debía ser muy cara, un traje que se veía hecho a medida, unas sortijas de oro y perlas...en definitiva, para ella el dinero no iba a ser un problema. En su tarjeta indicaba de nombre Verena y su cargo era por supuesto mujer del más alto accionista y ejecutiva financiera; Su marido, Hans, estaba en la silla contigua; Un señor entrado en edad, pero bien conservado, un hombre de buena planta y seguro que de buen ver en sus años jóvenes, además de ostentar el cargo de fundador de la empresa.

Junto a él una señorita de la misma edad que yo; Rubia, alta, yo diría que poco natural y con los mismos trajes costosos de la primera, su nombre Marianne. En la cuarta silla, el individuo del Hard Rock, en su tarjeta pude leer de nombre Peter y de cargo ¡Presidente de la compañía!

Y para terminar el pelotón un señor de la misma edad, tal vez un par de años más que Peter llamado Bruno cuyo cargo era... Interrumpieron mis pensamientos con un carraspeo de garganta por parte del señor Hans que

indicaba el comienzo de la entrevista.

-Buenos días señorita, entréguenos su currículum –Lo hice. -Bien, señorita Lozano, nosotros tenemos una plantilla de abogados suizos que son los que llevan las gestiones pero, algunos departamentos de esta empresa necesitarán asesoramiento legal inmediato y tal vez esa podría ser su función, pero también he de decir que al no ser abogada titular, por decirlo de algún modo, no creo conveniente una remuneración de nivel superior al de una secretaria – Se hizo el silencio.- No sé si le interesará.

-De acuerdo a cómo está el empleo no seré yo quien rechace uno. –Sonreí tímidamente.

Suspiré en lo más profundo de mí ser. Un trabajo era un trabajo pero me decepcionaban las expectativas.

-Bueno, veo aquí cursos de economía e informática, además de titulación de economista. ¿Cierto? - Intervino entonces Peter.

- Sí –respondí escuetamente.

-Bien, sugiero entonces que la contratemos en el área de financiación con Verena y además asesorará a todos los departamentos de tal modo que su remuneración sea la adecuada a las horas y cantidad de trabajo que realice.

Me quedé helada. ¿Había sido precisamente el tío borde el que había sugerido que no sólo me quedara sino que ganase bien? Yo no entendía nada, pero estaba dispuesta a todo eso y más.

-La junta está de acuerdo, si la señorita acepta... –Añadió Hans-

-Sí, por supuesto, ningún problema en realizar lo indicado, empezaría cuando dispusieren los mismos.

Hubo caras de satisfacción ante mi aceptación del cargo, sólo dos caras largas: la de la señorita de los cabellos de oro y la del señorito bromista ¿Por qué esa cara si era su sugerencia? Ese señor me estaba dando demasiados quebraderos de cabeza en un solo día. Me pidieron puntualidad para la mañana siguiente y me explicaron que en el dossier de mi cargo vendrían todas mis funciones, horarios e incluso información sobre la fundación y trabajo de la empresa en cuestión.

Salí a la calle con un ánimo totalmente distinto al que había entrado. Andé a paso alegre, fijándome en la gente que pasaba, sin prisa, paseé hasta el metro. Llegué a mi apartamento, encendí las luces... Por fin estaba en calma, me paré en mitad del salón a observar el apartamento, sí, ese que por fin podría mantener sin ayuda de mi madre... ¡Mi madre! Tenía que llamarla inmediatamente, a ella, a Hugo, tenía que gritar a los cuatro vientos que me

habían contratado así que, y aunque sabía que sonaba triste, lo colgué en mi muro de Facebook, hice unas llamadas y preparé la ropa del día siguiente.

Con mi camiseta de baloncesto y mi pantalón corto puse los deportes, cogí una taza que llené de helado de Vainilla y celebré, a mi manera haber conseguido empleo. Lo normal tal vez hubiera sido salir con amigos y tomar algo, pero hacía tiempo que la carrera me había quitado parte de mi vida social, y diferentes experiencias eliminaron la otra parte.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Me vestí de traje. Me hice un moño arreglado pero no demasiado formal y me fui en metro hasta el ático de Hugo quien, al verme, celebró en abrazos el empleo como si fuera de él mismo el éxito. No era por ser escéptica ni desagradecía pero creí firmemente que tendría algo que ver el que fuera su única amiga de verdad. Le empecé a contar lo de la reunión, la broma de Peter y que él era el presidente de la empresa. Parecía incrédulo.

-No puede ser. Válgame dios. ¿Y ese chicarrón qué quiere de ti? Yo le doy lo que me pida. –Se rió solo- Sus razones tendrá, quizá se arrepintió de la mala broma y quiso compensarlo con la sugerencia. -Apuntó

-¿Y la cara de perro de después? –Le pregunté ante mi propia inquietud.

-Ay no sé, pero es divino. Así que no te pongas refunfuñona con él –Lo dijo

mientras miraba una foto del susodicho en una revista de economía.

CAPÍTULO 3

Me llevó hasta la entrada del mismo edificio en coche, cosa que no solía hacer por su temprana entrada a la tienda de moda, pero ese día libraba. Entré al portón con una sonrisa, intentando tener la elegancia de aquel edificio cuando me arrancaron el pañuelo de la garganta de un tirón. No me hizo daño pero me volteé por si veía a quién lo hizo. Lo que de verdad me sorprendió es que el susodicho estaba esperando precisamente a que yo me diese la vuelta.

-Buenos días –Dijo Peter en un tono de susurro burlón sin quitarme los ojos de encima. El “chicarrón”, como lo había llamado Hugo esa misma mañana, estaba ahí parado. Frente a mí, con mi pañuelo enredado en su mano, con una sonrisa picarona y una mirada de desafío. Mi incredulidad no me permitió decir nada y el siguió. -¿No contestas? ¿Y tus modales? –Parecía realmente divertido con todo aquello.

Seguí callada aunque sin saber muy bien por qué, mi interior pensaba y pensaba hasta que empecé a estallar.

-¿Mis modales? Pero será posible, si me acabas de arrancar el...

Me hizo un gesto de indicarme silencio, señaló hacia mi espalda y se guardó el pañuelo en el bolsillo. Volteé a mirar con aire resignado lo que señalaba y vi

venir hablando a Verena con una secretaria muy alta, morena, delgadita, demasiado pálida y cargada con un millón de finas carpetas hacia nosotros.

-Buenos días señorita. Hijo, se me hace extraño no verte en tu mesa de presidencia –Parecía disgustada de verle hablando con alguien que no fuera nadie relevante para ella.

-Ya iba hacia allí, estaba indicándole a la nueva que luego necesito su presencia en presidencia para un asesoramiento sobre reproducción de multimedia anterior a la que creamos y esas cosas.

-Ah bien, cuando Anabel termine con ella la llevará a presidencia –Hizo un gesto elegante con la mano indicando que Anabel era aquella chica con cara de susto y ambos se fueron camino al ascensor hablando en ambiente cordial. Aunque si decía la verdad era capaz de ver que también había algo de enemistad entre ellos, algo casi familiar...

-Es su madre, pero no su jefa, a eso se debe el ríñon rafe. Buenos días, soy Anabel. –Sonrió y me tendió la mano. -Soy la secretaria de la señora Verena Weber, del área financiera, y voy a ser la que te esté llevando el papeleo. – Hizo una pequeña carcajada como si se contase as sí misma algo gracioso. - Me vas a ver mucho, al menos no me han puesto una estirada, rígida, con muchos años de experiencia... ¿Cómo te llamas?

-Soy Lozano, Claudia Lozano –Estaba sorprendida ante aquella familiaridad repentina y casi tranquilizadora.

-Claudia...Bien. –Aplaudió alegremente. -Te enseñaré la empresa, tus papeles, dónde trabajarás, acompáñame... Empezamos el recorrido: Planta baja, la recepción. Primera planta: área financiera. Aquí vendrás mucho, esa mesa del centro es la mía y aquel despacho del fondo es el de Verena. Dudo que tengas que entrar ahí pero por mi mesa pasarás casi a diario un montón de veces. Esa mesa de ahí. –Señaló otra más al fondo. -Es para el tiempo que pases como economista. Sigamos, segunda planta, creación de videojuegos. Tercera planta: móviles. Cuarta planta: ordenadores y, de momento, lugar de entrevistas. Aunque tendría mucho más sentido haberlo ubicado en la quinta. Quinta planta: administración; aquí se hace la vida del papeleo, puede que sea aquí donde más consultas financiero-jurídicas se te hagan. Sexta y séptima planta son las de los programadores en general. La octava la llamamos “centro de jefes” están los pequeños despachos de las demás áreas, el jefe de programadores, el de móviles, etc.... La novena son animadores que ya sabrás que son más adelante. La décima es la de la coordinación de las páginas web. La once es la planta internacional, donde se llevan todos los asuntos exteriores en especial con Suiza. La doce es la de los altos mandos de verdad: Bruno, jefe de empleo, Hans planes de gestión, Marianne relaciones de empresa... Y en la última planta se encuentra la presidencia, que es donde me han pedido

que te deje. Cualquier cosa, si necesitas algo, estoy en la primera planta en mi mesa o en la planta baja recogiendo cosas o gente.

Salí del ascensor. Se cerraron las puertas tras de mí e instintivamente me toqué con los dedos el cuello, sabía que él tenía mi pañuelo y no estaba segura de si debía entrar arrogante, suplicando o desquiciada. Por lo tanto entré con aptitud resignada. Toqué la puerta. Esperé. Volví a tocar. Esperé. Al cabo de cinco minutos transcurridos, los cuales sirvieron para que estuviera desesperada, me abrió la puerta y vi salir a lo que sería, casi seguro, una modelo. ¿Sería su novia? Bueno, a mí eso me daba exactamente igual. Entré al salir ella.

-Pasa y siéntate –Fue una orden y no me gustó nada el tono.

-Gracias. –Pasé y me quedé boquiabierta mirando las calles de Madrid desde aquella altura. Parecía más congestionada la calle, pero las luces de estar anocheciendo rápido se veían de forma impresionante.

-¿Te gustan las vistas? ¿Te han dado ya el informe y tus horarios? –Empezó a preguntarme como si el incidente del pañuelo no hubiera ocurrido hacía tan sólo una hora.

-La verdad es que no, como el señor me requirió en su planta, sólo me enseñaron las instalaciones. Ahora pasaré por la primera planta antes de irme para que Anabel me lo dé. –Mi tono tal vez sonó demasiado agudo e irritado.

-Pues me temo que eso deberá esperar a mañana porque requiero de sus conocimientos. –Se levantó de su silla y se acercó a mí más de lo que me hubiese gustado, o no. -Revise si esto podría darnos algún problema. –Tendió un informe en una carpeta naranja.

-Pues me temo yo también que lo suyo habrá de esperar hasta mañana porque fijese que yo salgo en un cuarto de hora. Estúdiese mi horario laboral. No me puedo quedar más tiempo porque al salir refresca y no tengo pañuelo. –me levanté y me acerqué a la puerta. – Con su permiso. –Salí.

No sé porqué había hecho eso de aquella forma. ¿Por qué me molestaba tanto su forma de hablar? Era un arrogante y estaba jugando conmigo, aunque seguramente ya no jugaría más porque me despediría. Intenté no pensar más en ello. Cogí el ascensor hasta la primera planta. Recogí los informes y salí del edificio. Refrescaba y eso me hizo que recordara y me diera aún más rabia lo del pañuelo.

Intenté dejar de pensar en ello pero no pude. Pasé mala noche pensando en un posible despido. Ahora que había conseguido por fin un empleo. Maldito orgullo. ¿Qué debía hacer? ¿Disculparme?

-De ninguna de las maneras –Dijo Hugo en cuanto se lo comenté por teléfono.

-¿Y si me despide? ¿Y si la coge conmigo? –Estaba histérica tras tantas horas

pensando en qué actuación escoger.

-Mi amor, ese hombre divino ya la tiene cogida contigo. Así que, al menos, que vea que no te afecta ni impresiona esa forma de ser, hiciste muy bien –Lo dijo como esos adivinos baratos de amor y casi tuve ganas de reírme.

-Es un idiota –Afirmé.

-Un idiota que consiguió lo que quería –Me subió un calor desde el ombligo.

-Ey, conmigo no consiguió nada –Aseguré.

-Ah, ¿no? -Rió de buena gana. -Llevas toda la noche pensando en él, y dime si me equivoco –Lo dijo tan convencido que no me costó lo más mínimo empezar a odiar que me conociera tanto.

Colgué enfadada, y todo porque tenía razón. No había hecho otra cosa que no fuera repasar como me quitó el pañuelo, como me la jugó, como me miró antes de la entrevista...Y hoy tenía que verlo otra vez y no sabía ni que iba a decir...

Terminé de prepararme, típico traje, típico moño, típica pinta de responsable. Me miré al espejo y vi a una niña asustada. Cerré los ojos. Los abrí. Me miré y vi a una mujer decidida a no dejarse pisar.

Llegué a la empresa que ya tenía en lo alto el cartel luminoso con el apellido familiar “Weber”. Suspiré y entré. Primera planta. Saludar a Anabel. Recoger las carpetas. Bajar a recepción para coger el correo destinado a la asesora legal, o sea yo. Esperar el ascensor, que como va por las trece plantas siempre está cogido. Me puse a leer el correo mientras esperaba hasta que se abrió el ascensor y quien fuera salió demasiado rápido y tiró las cosas al suelo. Uy, como no, tenía que ser él, encima se agacha a ayudarme. ¿Me despediría en ese momento?

-¿Tan nerviosa te pongo que se te cae todo? –Otra vez aquella sonrisa prepotente.

-¿Disculpa? –Mi enfado no paraba de bullir en el interior de mí ser.

-¿Por lo del otro día? Tranquila, sólo vi una niña asustada vestida de ejecutiva jugando a no dejarse intimidar por el jefe. Y, después, salió huyendo –Lo dijo con tanta naturalidad que parecía creerse él mismo su versión. ¡Idiota!

-Yo no hice tal cosa ni la pienso hacer –Lo afirmé mirándole a los ojos de manera desafiante.

-Ya, bueno. ¿Subimos? –Preguntó zanjando la conversación.

-¿No acabas de bajar en el ascensor? –Inquirí deseando quitármelo de encima.

-Sí, pero te acompaño para que no te pierdas –Se burló. Aquello estaba siendo burla y yo no podía hacer nada contra el presidente de mi empresa.

Se cerró el ascensor tras nosotros y se acercó a mí, lento, decidido, tocando incluso su cuerpo con el mío, y dio al botón. Se separó de mí y no dijo nada más. Sólo sonreía, como si fuera evidente que yo no sabía que decir y tampoco sabía detenerlo ¿Sería que en realidad no quería? ¿Me gustaba ese juego? Llegamos a la quinta planta y fui a bajarme cuando le empecé a oír a mi espalda.

-Aún tienes que revisarme ese papeleo. Sube a presidencia cuando termines en las demás plantas –Zanjó el tema desviando su mirada de la mía.

CAPÍTULO 4

Me repateaba tener que seguir viéndole la cara, pero era mi trabajo, además, era sólo un papeleo. Hice mis gestiones en administración y subí. No hubo ningún contratiempo, hice el asesoramiento y me fui de la decimotercera planta. Bajé contenta debido a la ausencia de incidentes. Al terminar la mañana, Anabel y yo comimos en un restaurante cercano, y a las tres en punto estábamos en la oficina, pues bien, ahí empezó mi infierno.

Al llegar a la oficina, la recepcionista me indicó que se me esperaba en Administración, cuando subí se me dio una especie de agenda electrónica donde me llegaban las notificaciones de las distintas áreas a fin de poder saber dónde se me necesitaba. Primera notificación “llamada de presidencia”. Llamé al ascensor que no llegó. Vino un señor de mantenimiento y me dijo que se acaba de averiar. Subí las ocho plantas andando y el señorito me salió con una asesoramiento que hasta un niño de 5 años podría haber averiguado. “Notificación de administración” bajar las ocho plantas, en cuanto llegaba, “notificación de presidencia”. Así estuve durante más de una hora, la gente de administración intentaba funcionar sin mí porque no duraba más de dos minutos en aquella planta, pero si no respondía a la “notificación de presidencia” el señor Peter Weber llamaba a la secretaria de la planta donde

me encontraba y le hacía pasarme un mensaje de que me necesitaba con urgencia. Yo ya no podía subir y bajar más escaleras. A las siete de la tarde, después de cuatro horas en esa situación, subí a responder a otra notificación.

-Señor, ¿le importaría hacerme todas las consultas de una vez? –Lo dije con voz exhausta pues ya estaba sin fuerzas.

-La verdad que sí, porque ello significaría no hacerla subir y claro, en ningún sitio pone que usted deba estar cómodamente en una planta, sino al contrario. – Lo dijo muy serio y me pregunté si desconocería la ruptura del elevador.

-El ascensor está averiado, sino el desplazamiento no sería ningún problema para mí. –Quería aclararle que, aunque no quería verle la cara, no era por ese motivo.

-El ascensor lo he mandado parar yo, sino no la haría desplazarse, no es por verla, es por hacerla subir escaleras. –Lo dijo natural y plasmó una espléndida sonrisa en su rostro.

-¿Cómo dice? –Me empezaba a bullir una mala leche por todo el cuerpo- ¿Y se puede saber por qué? –Al menos que me diera una explicación.

-Por qué estoy comprobando cuanto tiempo aguanta sin quitarse al menos la chaqueta de esos trajes tan formales que lleva, me recuerda a mi madre.

¿Tiene figura debajo de esa formalidad? ¿Y ese moño no se deshace nunca? – Así sin más soltó esa retahíla absurda, infantil y ofensiva.

Aquello era el colmo, me había estado haciendo trabajar en balde. ¿Figura? Claro que tenía figura, pero no para enseñársela a él. Me estaban subiendo los nervios, le hubiese tirado un jarrón a la cara, pero por mi propio bien, y por no seguirle el juego que parecía estar siguiendo, el de desquiciarme, opté por otra respuesta.

-No señor, el moño no se deshace ni corriendo la maratón, el traje no me lo quitaré mientras no quiera y le aseguro que aguanto mucho más de cuatro horas subiendo y bajando escaleras. –Aquello último sin duda era una exageración pero quería darle firmeza a lo que estaba diciendo.

Acababa de mentir muchísimo y esperaba sonar convincente porque ni el moño aguantaba, ni soportaba más el calor del traje, ni podría subir un peldaño más. Sabía que estaba sofocada, que los colores se me habían subido a las mejillas, y que se me notaba la resignación por fuera.

¿Sería eso lo que buscaba? Se acercó a mí, me sacaba altura, imponía. Me agarró un mechón que se había salido y me lo puso tras la oreja, y se acercó un poco más.

-Deje de ser arisca conmigo, en el Hard Rock Café parecía más dulce. Váyase

a casa y el lunes nos vemos.

Era cierto, era Sábado y los Domingos libraba, gracias a Dios, no podía más y así daría tiempo a que se pasasen la agujetas, a consultar con Hugo, a idear otra estrategia...En fin, había que hacer y decidir muchas cosas.

Efectivamente el cansancio se apoderó de mí en aquel Domingo, apenas podía levantarme de la cama, sólo lo hice una vez y fue para decirle a Hugo que fuera a mi apartamento.

-Niña, ¿te pegó? Porque si no ese dolor tan fuerte de qué. –Se sentó en las esquinita de la cama mirándome con ojos de cordero.

-Agujetas, el cabrón me hizo subir y bajar escaleras. –Nada más que oí risas por su parte. -Y no me rio, además siempre acaba poniéndose seductor.

-¿Cómo de seductor? Agárralo es uno de esos hombres de ensueño. –Aleteó sus pestañas cual maruja.

-¡Será de pesadillas! Porque a mí me va a matar... –Deslicé la mano por mi pelo.

El plan fue claro, quedamos en vestirme diferente, en ser yo quien lo sorprendiera a él esta vez. Contenta y decidida me acosté a dormir y quedé en pasar por la tienda de Hugo antes de ir a la oficina para que me vistiese y

animase.

Esa mañana el tráfico me despertó antes de la hora normal, el sol entraba picando por la ventana. El despertador se cambió de señal, el agua salía fría... Era como si todo indicase que iba a tener un mal día. Aún con todo, me hice la idea de que no sería como el Sábado y que hoy yo sería quien le dejaría a él sin palabras. Me vestí, cogí el metro y llegué a la tienda de Hugo, pero... ¿Me traicionaba la vista? No, desde luego que no, acaba de entrar a la tienda Peter Weber acompañado de la supuesta modelo que salió el otro día de su despacho.

¿Y yo qué hacía? No podía entrar estando ellos allí, pero... ni si quiera iba vestida de traje, unos vaqueros, botas y una camisa de tela fina, y el pelo en una trenza, bueno, esperaría a que saliesen y luego le pediría rapidez a Hugo. A las ocho menos diez aún no habían salido y yo iba a llegar tarde a la empresa así que, como no, fui peor en vez de mejor, así como mucho ganaría una represalia por informalidad.

Al entrar al edificio, la recepcionista me indicó que me esperaban en departamento financiero. Subí a la primera planta y Anabel vino hacia mí lo más rápido que pudo, me agarró del codo y me llevó a una esquina escondida.

-Hoy es un día muy complicado para el área financiero, empiezan a cobrar

pagos, pagar deudas, transacciones, ganancias...Verena hoy no le pasa ni un minuto a su gente, además los impagos se llevan por vía judicial, ese es tu trabajo nena y me da a mí que vas a tener mucho. Aquí tienes las carpetas, arréglate como puedas.

Salí de la primera planta con cinco carpetas azules con cuentas, y dos rosas de demandas judiciales. Paré en administración donde me dieron carpetas naranjas con situaciones dudosas en las que tenía que poner el ojo para comprobar si había irregularidades. Me llegaron notificaciones de la octava planta, los jefes de algunas áreas habían tenido problemas con empleados e iba a ser yo la que emprendiera acciones legales, carpetas amarillas. Notificación de la planta de superiores, la doce. Subí y me encontré con Hans que me informó de que se requerirían mis servicios en puntuales ocasiones de la mañana en la planta internacional por problemas de legalización de los productos suizos, para ello carpetas rojas. Y cuando a mi no me cabía nada más ni en las manos ni en la cabeza, “notificación de presidencia”.

Hoy se me había borrado por más de una razón la sonrisa del rostro, dudaba poder aguantar una de las sesiones odio-sedución del señorito Weber, pero creo que lo que pasó me dejó aún peor.

Toqué a la puerta del despacho, me dieron el típico “adelante”, estaba él vestido de chaqueta, detrás de la mesa de su despacho ocupándose de un

papeleo.

-Llévese la carpeta negra que está en la esquina del escritorio, hoy no la necesitare para nada más.

Cogí la carpeta y salí, al cerrar me sentí peor que las anteriores veces. ¿Por qué ni siquiera había levantado la mirada cuando entré? Tal vez la otra noche con el corte se le pasó el interés de molestarme. ¿Por qué la idea de que me ignorase me indignaba más que la de que jugase a molestarme? No tenía respuesta o no quería tenerla, así que me fui a la mesa del escritorio de la planta número cinco y allí me quedé durante horas y horas. Terminé informes para unos, para otros...Incluso terminé el de presidencia de los primeros, pero cuando fui a llevárselos tampoco prestó ni la más mínima atención. ¿Dónde estaba el Peter que me intimidaba? ¿A qué venía el cambio? Y lo más importante... ¿Por qué no estaba contenta?

Seguí horas y horas con los informes, sabía que debía terminarlos todos aunque me costase pasar la noche, era todo necesario para ya, a más tardar para por la mañana temprano. Pasadas ya dos horas de la hora de cierre general, quedando sólo los nocturnos y un par de trabajadores terminé lo solicitado. Recogí mis cosas y bajé en ascensor. Mientras descendía pensé en que tendría que coger un taxi puesto que a esas horas el metro no era seguro. Pensé en que no había llevado ropa de abrigo. Me dolían los ojos, la espalda,

lo que se dice un completo. Cuando llegué a la planta baja me lo crucé, y como me había ignorado todo el día y yo estaba tan cansada ni me digné a mirarlo, pero al final resultó que si se estaba fijando.

-¿Qué haces aún aquí? Tu jornada terminó hace más de dos horas. –Apuntó audaz. -¿Vienen a buscarte? ¿Esperas a alguien? ¿A mí tal vez? –No dejó de observarme.

No sé porque pero oír ese tonito seductor, ver que no era invisible para él me gustó. A la vez, entendí que el juego sólo existía a su disposición, así que, tal vez debido al cansancio tuve ganas de responderle.

-No tengo ganas de pelear así que...que pase una buena noche señor Weber. – Sentenció.

Salí del edificio y sin volverme una sola vez me fui a la entrada del metro aunque había pensado no hacerlo, vagón, edificio, portal, ascensor, apartamento, cama.

A la mañana siguiente hice más de lo mismo y me fui a la empresa, anduve un poco preocupada por si el día se presentaba atareado como el anterior. Nada más entrar al edificio, “notificación de presidencia”. Empezaba bien el día, subí a la última planta. Toqué la puerta y se abrió sola, no vi a Peter en ningún lado pero en la esquina de su escritorio había una carpeta de las que yo sabía

pertenecían a mi área así que me acerqué para recogerla algo frustrada. ¡Ya ni se dignaba a estar cuando me llamaba! Pero, al levantarla, vi que debajo había un paquete con mi nombre y un “cógelo” y como no podía ser de otro modo, me lo llevé.

Fui a mi mesa a seguir trabajando pero a la hora de comer no pude más y fui al aseo con el paquete. Al abrirlo salió un sedoso pañuelo de color azul marino. ¿Qué significaba aquello? ¿Tenía que ponérmelo? ¿Era una disculpa? ¿Un recordatorio de lo de mi pañuelo? ¡Mi pañuelo! Puestos a darme uno que me devolviera el mío ¿Para qué lo quería? ¿Lo habría tirado?

Con todo ello en la cabeza iba a salir a comer cuando me crucé con toda la junta directiva quién, como si no fuese mi hora de comer, solicitó mi presencia para la reunión que iba a darse en ese preciso momento.

Llevábamos una hora allí metidos y nadie me había dirigido la palabra. ¿Para qué me necesitaban? Estaban hablando de gestiones en Suiza y de contratos, inversiones, no era necesaria mi presencia, creía, hasta que la noticia bomba explotó de la boca de Hans.

-Peter será representante de la empresa, como presidente que es, en Suiza, en las gestiones que haremos allí a finales de esta semana, pero, para agilizar el proceso, ha sugerido que se fuera enviando lo decidido allí a la centralita de

esta empresa a diario. –Aplaudieron ese comentario. -Pero para ello, puesto que la sede está compuesta de trabajadores españoles y que la burocracia no es sencilla ni para un presidente bilingüe –Le contestaron con risas. -Peter sugiere llevar a la abogada castellano parlante a fin de ser ella misma la que envíe a esta sede la burocracia pertinente.

¡¿Qué?! No, no, no, no ¡¿A Suiza!?! ¡¿Con Peter?! No, No, no.

-¿Qué responde señorita Lozano? –Preguntó el señor Hans.

-De acuerdo. –Contesté aunque no entiendo ni yo misma porque es una afirmación cuando mi mente quería declinar sí o sí tal propuesta.

CAPÍTULO 3

-¿Qué te vas a donde? –Gritó Hugo al teléfono cuando le dije que necesitaba que viniera a mi apartamento en ese mismo momento.

Como era de esperar no tardó ni diez minutos en llegar alborotado, con el grito puesto en el cielo y con unas bolsas que ni tenía tiempo de preguntarle que contenían. Me obligó a preparar dos tazas de té y a que nos sentáramos aunque yo insistí en que no tenía tiempo para todo aquello. Le conté que no sabía por qué había accedido pero que al ser idea de Peter no puede decir que no. Aunque yo no quería ir con él, bueno sí, pero no, y le conté lo del pañuelo. Le

dije que no sabía que me pasaba por dentro, y él sólo me escuchaba con las manos puestas en la boca abierta como queriendo gritar, no sé muy bien si de emoción o de susto. O de ambas cosas ¿Por qué me emocionaba la idea de que quisiese que fuera con él? ¿Por qué me daba tanto miedo que quisiese ser cruel conmigo en un país del que no conocía ni siquiera el idioma?

CAPÍTULO 5

Pasando todo lo contrario a lo que yo había previsto a Hugo le entusiasmaba la idea, me dijo que debía sorprenderlo, que ese viaje significaba algo, que debía de ir mona, de lo que ya se había ocupado trayendo trajes en esas bolsas. También recordó que no me cerrase en banda, que oye, si el tipo salía idiota al menos había visitado otro país y gratis.

No pudo quedarse mucho tiempo conmigo, no todo el que yo hubiera necesitado para calmarme, es decir, toda una vida. Ya no sabía que preparar, que decir, en dos días saldría para Suiza sin saber ni por qué me estaría yendo, ni por qué me habían pedido que fuera. ¿Realmente Peter pensó en el negocio únicamente?

Tenía el día antes del viaje libre, me lo habían concedido para que dejara mis asuntos personales bien atados, como si yo tuviese de eso, resueltos, para que arreglara mis papeles para poder viajar y para comprarme un diccionario alemán por si al chicarrón se le ocurría hacerme la jugada del “no me entiendes, ni lo hablas, pues te jodes”. Y si, pensaba mal, pero también tenía razones para ello.

Cuando ya había bajado mi maleta al taxi subí a por el bolso de mano, cerré

las persianas, y metí la llave en el bombín de la puerta, peor, antes de cerrar, y sin preguntarme ya por qué, cogí el pañuelo sedoso azul marino y lo metí para llevar.

El taxi me llevó a la misma puerta de la empresa, me bajé y descargué. Dejé la maleta en recepción para esperar al que sería mi acompañante. Apareció Anabel con unos documentos y me los entregó También me deseó buena suerte, se marchó y quedé esperando. Se suponía que debía de estar allí a primera hora para ir con tiempo al aeropuerto, pero el presidente Peter Weber no se digno a aparecer.

A eso de las once de la mañana, quedando tan sólo una hora y media para el despegue del avión mi cuerpo era un flan de nervios. ¿Me dejaría aquí? ¿Era otra broma y tendría que salir corriendo para el aeropuerto? Con todas esas inquietantes y frustrantes preguntas rondando mi cabeza decidí subir a la planta de los ejecutivos con el interés de conseguir el teléfono privado del presidente, lo que dudé que me fuese fácil de conseguir.

Encontré al señor Hans en su despacho y le planteé la situación. Pareció cansado pero no extrañado del comportamiento de su hijo. Él mismo realizó la llamada. Tras oír lo que su hijo tuviera que decir y sin decir una palabra me indicó que bajara a recepción y esperase. Me explicó que él estaba a punto de llegar. ¿A punto de llegar? Se suponía que debíamos estar una hora antes para

los controles, el embarco y esas cosas ¿Perderíamos el avión? ¿Cogeríamos otros billetes con lo que habían costado los primeros? Estaba esperando el ascensor cuando recibí una notificación del tardón e irresponsable de mi jefe.

“No sé a qué esperas para bajar, si en dos minutos no estás en la puerta me voy sin ti y das tú misma las explicaciones”

¿Perdón? Encima que llegaba tarde, no llegaríamos al aeropuerto, el ascensor no llegaba y yo tenía demasiada prisa así que, recordando días anteriores, bajé corriendo las malditas escaleras.

Al llegar a la planta baja estaba él, apoyado en el mostrador mirando su reloj, al verme aplaudió con burla y me señaló el reloj para decirme que llegaba tarde. ¡¿Yo?! En fin, ese viaje prometía. Salimos a la puerta del edificio y él respiró con calma, se distrajo mirando la oficina. ¿A qué esperábamos? Nunca cogeríamos el avión de ese modo.

-Relájese. ¿Quiere? Estoy esperando a que traigan mi coche –dijo.

Fue alucinante ese ruido de motor, el aparcacoches dejó el Ferrari del señor Weber frente a nosotros y depositó la llave en las manos de mi jefe quien me indicó que subiera al coche. Sentados dentro empezó a acondicionar la temperatura, la música, los espejos, el cinturón... ¿Por qué iba tan lento? Yo no podía parar de resoplar, no soportaba esa actitud.

-Yo de usted, señorita, me ponía el cinturón. Pienso llegar a ese avión y, para ello, vamos a tener que correr un poco.

Espera, espera, espera. ¡¿Qué?! Bien, mi mente estaba totalmente desquiciada, íbamos a más de ciento veinte por hora. Él iba mirando tranquilamente por encima del volante, incluso sonreía, y yo agarrada al asiento iba cerrando los ojos porque no me fiaba nada de los métodos de conducción de este hombre. Llegamos en menos de diez minutos, pagó al aparcacoches y subimos a la planta de embarque. No tuvimos que pasar controles, él le indicó a un tipo que debía hacer con nuestro equipaje y llegamos al avión en una cinta de preferencia, por supuesto.

¡Claro! Entendí todo en ese momento. El avión no se iría sin nosotros, éramos los únicos pasajeros, a eso se debía la tranquilidad. Avión privado. ¿Cómo no se me había ocurrido viniendo de él? Me senté en uno de los sillones y me puse a mirar por la ventana.

Al cabo de un rato despegó el avión, a penas se notaba diferencia entre estar volando y estar en mi apartamento. Hacía muchos años que no viajaba, saqué mi diccionario alemán y miré algunos conceptos básicos, esa lengua era demasiado complicada para mi pronunciación. ¿Por qué tenía que ser la lengua que más se hablaba en el país? Aunque también era cierto que no sabía a qué parte de Suiza íbamos, yo sabía algo de francés e italiano. Mientras hacía mis

arreglos con los idiomas levanté la vista y lo vi tan tranquilo, con un suéter negro unos pantalones blancos, recostado en uno de los sofás de cuero disfrutando relajadamente del vuelo.

Sentí vergüenza de estar a solas con él, no tenía nada que decirle y tampoco me atrevía a preguntar. Me puse unos auriculares de un curso de alemán para ver si conseguía decir aunque fuera buenos días con una pronunciación decente. Si he de ser sincera, cada cierto tiempo le miraba, en parte porque no me fiaba de su comportamiento, en parte porque era todo un arte ver su cuerpo, sus facciones, sus gestos... Levanté la vista porque sentí movimiento a mi alrededor, estaba parado frente a mí con lo que parecía una copa de champán, ofreciéndomela, la cogí con gusto aunque no bebía...para una vez que era amable.

-¿A qué parte de Suiza vamos? –Me atreví a preguntar.

-¿Has traído en la maleta algo que no sea trajes de distintos tonos oscuros?-

Preguntó cortante.

-He traído la ropa que me parece adecuada. –Aseguré más fría aún.

No respondió, se dio la vuelta con su copa y volvió a perderse mirando por la ventana sentándose en el cuero que parecía encantado de acoger ese cuerpo de nuevo. ¿No pensaba contestarme a la pregunta? ¿Qué más le daba como me

vistiera? Me harté, no pensaba permanecer todo el viaje callada y tampoco a que me diese una de cal y una de arena a su antojo.

-¿Preferirías, tal vez, que me vistiera con los vestidos y faldas minúsculas con las que aparece tu novia modelo en tu oficina? –Ataqué con la voz algo aguda. ¿Por qué al decirlo me sonó con tono de celos? ¿Habría interpretado él así el tono? ¿Por qué había sacado aquí a la chica? Vale, tenía que decir algo más, añadir lo que fuera. -O llevar el pelo suelto y caído como lo hace Marianne –
Añadí.

Vale, ¿por qué estaba siendo imbécil? ¿Por qué me metía con gente de la junta? ¿Y si era su mejor amiga? ¿Su pretendiente? ¿Por qué me metía en esos líos con tanta facilidad? Intenté librarme de cualquier respuesta que pudiera darme y me puse de nuevo los auriculares, volteándome hacia la ventana opuesta a él y rezando porque no dijera nada, cosa que evidentemente no pasó.

Noté que se acercaba a mí por la espalda, con su mano izquierda agarró mi cintura, con suavidad, sólo para que supiera que estaba cogida, con los dedos de su mano derecha me quitó uno de los auriculares. Giré levemente la cabeza y cuando lo vi tan cerca volví a mirar hacia delante, lo más rígida posible, lo más perdidamente concentrada para que no me pareciese, como estaba sucediéndome, tan escalofriantemente perfecto ese contacto con mi cuerpo.

Bajó lentamente sus dedos hasta tocar con su pulgar mi cuello, descansó su barbilla sobre mi hombro, inclinó los labios hacia mi oído.

-Sólo digo que podrías dar mucho más de ti, eres hermosa –dijo.

Se retiró de mi lado no sin antes deshacer el moño tirando con suavidad, dejando caer mi cabello uniforme hasta la cintura, lo oí reír una milésima de segundo con aire de satisfacción y aprobación. Y yo no pude decir nada, y no pude hacer lo más mínimo, ni reaccionar, hasta que el monitor nos indicó que debíamos de ponernos los cinturones que se iba a producir el aterrizaje.

Aeroporto di Lugano-Agno, perfecto aquí se hablaba italiano y no creo que fuéramos muy lejos, como ya me figuraba, estaba lloviendo al llegar, la temperatura no era demasiado fría, unos 12 grados, pero irían descendiendo conforme cayera la noche. Octubre no era una de las peores épocas para viajar a Suiza, el clima era suave comparado con las temperaturas de invierno. El avión aterrizó sin problemas a pesar de la pista mojada. Nos llevó un coche desde la misma pista hasta una empresa de alquiler de coches. Cogió un Audi. Pagó a saber cuánto por él y nos montamos, aún quedaba recorrido por hacer.

-¿Dónde están nuestras maletas? -Pregunté aunque no quería entablar una conversación que se pudiera acabar volviendo en mi contra nuevamente.

-Las mandé llevar al hotel al que vamos, nos quedan unas cuantas largas horas

para llegar. Vamos a un pueblo un poco más al suroeste de donde estamos, pasaremos allí unos días, después viajaremos al negocio a la parte alemana.

-¿Dónde está la empresa en sí? –Curiosidad pura-

-La Sede y más importante de la empresa se encuentra en la capital, Berna, pero tenemos puntos en muchas localizaciones repartidas por Suiza, también en Alemania e Italia. El negocio que venimos a hacer es allí, pero no tenemos la cita con los ejecutivos hasta dentro de dos días, iremos en avión. De momento iremos a Soglio.

Por suerte para mis huesos el coche tenía la calefacción muy alta, no llevaba demasiada ropa encima. Una camisa larga, un suéter de lana, falda hasta las rodillas, medias, botas y abrigo fino. Me quedé embobada viendo llover, era alucinante poder conducir con tranquilidad bajo esa capa de agua cayendo, parecía agua fina. De vez en cuando miraba al asiento del conductor. Él parecía concentrado, sólo apartaba la vista para mirar periódicamente el reloj.

-Se ve que tienes costumbre de manejar bajo este tipo de clima. –Rompí el silencio que se me hacía insoportable olvidando la situación vivida en el avión.

-Nací aquí, supongo que es normal –Rió de forma baja y sincera. -Nací en la villa a la que vamos, tenemos casa allí pero me pareció más oportuno ir a un

hotel. Puede que vayamos a visitarla de todas formas.

Llegamos a un pueblo a las siete y media pasadas, la entrada estaba inundada. Paró el coche y dejó caer la cabeza sobre las manos que reposaban en el volante. Al levantar la cabeza, suspiró.

-¿Te gusta la lluvia? –Preguntó fijando sus ojos claros en los míos.

-Bueno, sí, por qué no. –Conteste ante esa pregunta meteorológica que no sabía a cuento de qué venía exactamente.

-¡Perfecto! -¿Eso era ironía? -Porque tenemos que seguir andando de aquí a ese hotel luminoso que ves en lo alto. Es imposible meter el coche por esas curvas con este tiempo, usaremos la escalera del camino de piedra por donde suben los turistas. –Bajó del coche y yo tras él- Y no, no tenemos si quiera un maldito paraguas.

No me lo podía creer, la lluvia era copiosa y al cabo de dos minutos bajo ella tenía empapados hasta los huesos, apenas podía ver bien, gracias a Dios que no utilizaba gafas. Abrigarse no servía de nada, el frío me inundaba. Le seguía, andamos unas cuantas calles y ante nosotros unas escaleras antiguas en mitad de la montaña para llegar al hotel, esperaba que al menos no resbalasen.

Empezamos a subirlas, tardamos unos veinte minutos, que ya era suficiente. Al

terminar las rocas había que pasar un camino embarrado y ya por fin la entrada a ese hotelito de aspecto cálido y hogareño. Nada más poner la primera bota en el barro se hundió los 6 centímetros de tacón, se me iba a hacer muy difícil cruzar todo eso, me costaba levantar los pies del suelo. Ya no podía ni mojarme ni ensuciarme más así que me tomé mi calma para ir arrastrando como podía los ahora pesados pies. Él cada vez me cogía más distancia pero la verdad me daba igual porque se veía perfectamente la entrada.

Peter llegó a la puerta y se volteó a mirarme. Resopló con desesperación. Puso cara de enfadado.

¿Y ahora por qué? ¿Era pecado llevar botas? ¿Ir lenta? ¡Nadie le había pedido que me esperase a la entrada! Cogió decisivo camino hacia mí. ¡Uy!. Éste aún capaz de empujarme al barro y parecerle divertido. Creo que puse cara de susto porque me negó con la cabeza mientras me alcanzaba.

-No tengo toda la noche para que llegues, yo también tengo mojada la ropa y pareces una muñeca de porcelana en apuros –Me levantó en sus brazos hasta que nos encontramos introduciéndonos en suelo firme- Vamos a regístranos.

Una mujer de unos 30 años nos recibió en el holding, en seguida empezó a darle lo mejor de lo mejor a Peter, no sólo porque él lo exigiera y a esa mujer le pareciera muy atractiva su chequera y su apellido, cosa que se notaba a mil

leguas, sino porque había en ella otro tipo de interés también, el que parecía despertar ese hombre en toda fémina al llegar, el deseo sexual.

Una especie de cabaña rústica con dos camas de matrimonio separadas por un pasillo, vestidor, cocina, baño, y salón, todo un apartamento, y chimenea... Ahí nos alojaríamos, las camas olían a lavanda, sus atuendos eran rojos y hacían un ambiente acogedor jugando con los contrastes de los acabados de madera de los muebles. La recepcionista y gerente del hotel nos había ofrecido muy amablemente dos toallas mientras subíamos aunque también nos indicó que encontraríamos más en la zona de aseo.

Al llegar a la habitación me senté en el borde de la cama, encima de la toalla doblada, contemplando toda la habitación. Siempre me había gustado examinarlo todo, algunos detalles imperceptibles resultaban ser maravillosos, como el efecto de los espejos haciendo más amplia a la vista la habitación o algunas flores en las esquinas que daban colorido. Seguí mirando las colchas, tapizados, alfombras... Su cuerpo era perfecto, no pude evitar desviar la vista cuando apareció, sin prestarme atención, el suéter negro mojado realzaba su figura. El cabello castaño desprendía toques dorados, las gotas inundaban su cara aún y entreabría los labios de manera muy sensual, resoplando debido al cansancio, supongo. Sabía que no debía estar mirándolo de aquel modo, pero me era imposible la resistencia. Desnudó su torso por encima de la cabeza,

esa piel bronceada con los restos de la lluvia, los músculos parecían estar perfectamente colocados cual escultura; desde el cuello con la yugular ancha y varonil, los hombros fornidos, los brazos fuertes, el torso atlético y el principio de la pelvis formando una perfecta uve...

-Deberías desnudarte –Dijo sin más.

CAPÍTULO 6

¡Qué?! Rompí la calma y la concentración y por decirlo de algún modo también interrumpí a mi mente que se había puesto a divagar soñando, le miré rápidamente.

-¿Disculpa que has dicho? –Y sabe Dios que no sabía que quería que respondiera.

-Por la ropa mojada digo, puedes entrar tú primero a la ducha. –Explica mientras intento controlar a mi corazón.

¿Por qué me había decepcionado la idea de que no quisiera ese tipo de intención conmigo? Le di las gracias y me metí a un cuarto lleno de espejos, no me gustaba demasiado verme con tanta nitidez. Entré en una pila de porcelana blanca con el agua cayendo en cascada, el agua estaba caliente y el jabón era suave y natural. Olvidé todo el frío y el cansancio y me relajé. Al salir me envolví en una toalla color crema cuya textura era como la de una nube y entonces... Oh no. ¿Con qué me iba a vestir? Le llamé con suavidad y se acercó a la puerta, le pregunté por mi equipaje y me dijo que había habido un problema de dirección respecto a mi maleta y que se temía que estaba en España y que hasta el día siguiente no llegaría. ¿Y yo ahora que hacía?. Solo

dije un tímido 'de acuerdo' y me quedé ahí durante más de veinte minutos; Sequé mi ropa interior y me lié en una toalla seca y limpia, me daba pudor salir de aquel modo cuando mi cuerpo no tenía nada que ver con el de él. Por mucho que lo retrasase tarde o temprano tenía que salir, y por desgracia era ya el momento.

-Clau, ¿Por qué no sales ya? Sé que las mujeres tardáis un mundo pero yo aún sigo mojado. –Gritó entre un tono enfadado y jocoso.

Salí de puntillas por el parqué, ahora era él quien estaba sentado en el bordillo de la cama, sonrió al verme. Cogió su ropa limpia y se encaminó hacia la ducha. Al pasar por mi lado me miró desde arriba, era incluso más alto estando yo descalza.

-Te he dejado un suéter mío encima de tu cama, si quieres ponértelo...hace frío aquí. –Sentenció antes de cerrar la puerta al decirlo dejándome sola en la estancia.

¿Eso había sido amabilidad? Vale, está bien, lo había sido, y gracias a Dios porque las temperaturas iban por nueve grados y aún quedaba que nos metiéramos en noche cerrada. Su suéter color gris me cubría hasta las rodillas y las mangas andaban colgando, parecía enorme para mí. Me adentré en mi cama para cubrirme las piernas y esperé a que saliera.

-Gracias. – Dije tímidamente. -Por el jersey.

-Dabas pena. –Afirmó y salió de la habitación hacia a saber dónde.

Siempre tenía que ser borde finalmente conmigo. Para mí que le gustaba dejarme con esa sensación de malestar, yo intentaba que nuestra relación fuera diferente, pero él no quería y yo no podía hacer nada.

Pasé una noche de perros, el frío me había hecho tiritar hasta bien entrada la mañana, por lo que a mí respecta el señor Peter no había venido a dormir porque yo al menos, no sentí que así lo hubiera hecho. Llamé a la recepción y pedí que me subieran la ropa que llevaba ayer, me vestí y como mi jefe no se había tomado la molestia de decirme cuál iba a ser su ubicación, yo tampoco lo hice.

Lo primero que hice fue tomarme un chocolate caliente en una churrería que había nada más bajar las escaleras de piedra, me compré un paraguas y pasé por una pequeña modista que hacía esquina. El hombre que me atendió me recordó mucho a Hugo y eso me dio confianza, me vistió totalmente de invierno pero había que reconocer que esas prendas eran para evitar el frío pero para nada para engordar la figura, la caída de las telas era impresionantes para su grosor.

Con unos vaqueros, unas botas altas y planas, un color rosa de parte de arriba

y un gorro de lana me fui a ver algo de la ciudad. Pensaba pasar el día fuera viendo aquel pueblo que, para no mentir, y aunque no se lo pensaba decir al señorito, era precioso. Caminando entre los diferentes prados y montañitas vi una casa muy grande, todo en roca blanca, vallas altas, rosales, debía de costar un dineral, y, evidentemente y no para mi sorpresa era la casa de los Weber.

A las siete y media cuando ya anochecía empezaron a caer de nuevo las gotas copiosas aunque esta vez iba ya de camino de subida y no me preocupaba, además, iba bien equipada.

Llegué a la recepción y le pregunté a la señorita “se lo como todo a Peter Weber” si el mismo había llegado, me respondió que si en tono de desprecio y subí a la habitación. Metí la tarjeta y nada más quedar abrirse la puerta vi venir a Peter hacia mí, me abrazó fuerte.

¿Se había muerto alguien para que me abrazase así? Le miré la garganta y le vi tragar saliva como quien se quita un peso de encima. ¿Era eso preocupación? ¿Me estaba esperando impacientemente sentado al borde la cama vestido de manera tan sexy? Esos pantalones grises como única vestimenta permitía verle mucho más que los trajes de diario, y a mí me acaba de abrazar así, su cuerpo era cálido, su piel suave, su aroma delicioso. Vale, y ahora tocaba ponerse borde con él para no pedirle que no me soltara.

-¿Preocupado? Lo dudo así que, suéltame. –Dije sin mucha emoción en la voz.

Y así lo hizo y eso me mató por dentro, dio un par de vueltas por la habitación y sabía que se estaba preparando para ser lo más borde posible.

-Únicamente temía dos cosas: La primera que te hubieses ido y no pudiese cerrar mis negocios. La segunda, que te pasase algo, pero únicamente porque no hemos asegurado el viaje y le sacarías una millonada a la empresa. –
Desvió la mirada- Una última cosa, si vuelves a desaparecer durante el viaje estarás despedida, se supone que el jefe aquí soy yo.

Salió de la habitación dando un portazo, y yo me quedé sonriente, por una vez hubiera dicho lo que hubiera dicho no me había hecho sentir mal. Ambos sabíamos que había por lo menos una razón más para que se hubiese preocupado de aquella manera.

La noche se presentó helada, incluso más fría que la anterior, para colmo el hotel no disponía de madera porque al chico que la traía le había pillado tormenta y había podido llegar. Estaba congelada, enroscada lo más posible en las mantas de mi cama, encogida como un ovillo de lana y sin poder parar de castañear.

Eran las dos de la madrugada cuando oí entrar a Peter, quitarse la ropa, y...

¡Espera! O mis sentidos me fallaban o estaba abriendo mi cama. Así era. Se

metió dentro. Pasó el brazo derecho por encima de mi cuerpo, abrigándome con él, pegó su boca a mi oído.

-Clau, odio el castaño de tus dientes cuando tienes frío, duérmete. -Sentenció
¿Qué tenía que hacer yo? ¿Girarme y preguntarle que qué hacía? ¿Quitarme?
¿Decirle que no tenía derecho a meterse así en mi cama? Cualquiera opción de esas hubiera sido válida pero en vez de eso me dejé abrazar y me dormí en la calidez de su abrazo.

Sonó el despertador muy temprano, lo noté desperezarse y salir de la cama.

-Salimos en una hora para Berna, te espero donde dejamos el coche, no tardes.
-Ordenó yéndose.

Me vestí rápido y me reuní con él a la hora acordada, ni siquiera me miraba a la cara. Fuimos en coche hasta el aeropuerto y, de ahí a Berna, todo el tiempo estuvimos en silencio. En el coche que alquilamos allí el ambiente también fue frío, si él no pensaba dirigirme la palabra, yo tampoco estaba dispuesta a hacerlo.

Llegamos a unos edificios de la misma impresión que las oficinas de España. Me indicó que esas eran las oficinas en las que teníamos el negocio, hicimos papeleo y reuniones allí. No hubo ni una mirada entre nosotros. Ya por la tarde

fuimos a un hotel céntrico de la ciudad y allí nos instalamos en nuestras habitaciones que eran contiguas pero no comunicadas. Hizo un esfuerzo de cordialidad por recordarme que debía de vestirme de elegante para la cena de aquella noche, iba a ver gente muy importante para los negocios.

A las nueve menos cuarto tocaron la puerta de mi habitación, abrí y me volví frente al espejo para terminar de colocarme. Le veía moverse tras de mí, apartó mi cabello suelto como aquella vez en el avión.

-Te dije que eras hermosa, me alegro de que al menos hoy lo demuestres.

Besó suavemente mi cuello y salió de la estancia. Había conseguido que me quedase parada, con los ojos cerrados y los labios ardiendo por el deseo. Bajé al comedor con la intención de acabar con el juego cuando acabase la cena pero allí me encontré con una desagradable sorpresa. La modelo del despacho de Peter reía junto a él con una copa de champán en la mano. Olvidé entonces toda intención que se me hubiera pasado por la cabeza de decirle o hacer nada tras el evento.

Cuando todo hubo acabado subí a mi habitación, desabroché la cremallera y dejé que el vestido se deslizara hasta el piso, necesité de una hora bajo el chorro de agua caliente para evadir mis pensamientos.

Despegamos para España bien temprano, cada uno fue por su propio medio al

aeropuerto, llevábamos más de una hora de avión cuando se sentó frente a mí clavando su mirada en la mía.

-¿Estás bien? –Preguntó escrutando mi rostro.

-Yo no sé a qué clase de juego estás jugando pero conmigo no te va a funcionar. Estamos a punto de aterrizar y después de eso no pienso caer en más trampas contigo, juega con tus modelos a lo que quieras yo no estoy dispuesta.

CAPÍTULO 7

Trabajamos durante los dos días siguientes en tensión, intentábamos no hablar excepto para lo que fuese estrictamente necesario. Aquella mañana parecía ser igual de fría pero cuando fui a salir de su despacho tras haber recogido la carpeta de la esquina del escritorio lo vi levantarse, se acercó a mí, me cogió esta vez con fuerza de la cintura acercándome a él, oía los latidos de su corazón y mi agitada respiración. Descansó su nariz en mi mejilla, acariciándola, dio un beso cálido en mi cuello con suavidad. Pasó los dedos por la comisura de mis labios y sujetando mi cara entre sus manos me besó.

Salí atontada del despacho, con una sonrisa completa, mordiéndome el labio inferior, no habíamos hablado nada tras el beso pero los sentimientos hablaBAn solos... Aunque tal vez no debería haberlo hecho llamé a Hugo y se lo conté. Quedamos en vernos por la noche cuando llegase a mi apartamento y contarle el viaje y el beso con detalles y así pensaba hacerlo. También se lo conté a Anabel que se había hecho un hueco entre mis mejores amistades en muy poco tiempo.

Estábamos a punto de salir del edificio ambas cuando vimos pararse a la junta directiva en la recepción y pedir un minuto de atención de la plantilla en general. El viejo amigable Hans se colocó en el centro, llevaba un micrófono

en la solapa de su traje y habían encendido los altavoces de toda la empresa.

-Estimados empleados, es un placer anunciarles que el próximo diciembre se realizará el enlace de nuestra querida Marianne con el presidente de esta empresa que como todos estábamos deseando decidió sentar la cabeza. –Hubo un estallido de aplausos por parte de la plantilla y cada uno de ellos era una bofetada a mi corazón. -Pueden irse.

Encendí las luces de mi apartamento. Dejé las llaves en la entrada. Comprobé que nada había cambiado. Dejé saltar los mensajes del contestador. Preparé crepes y empecé a comérmelos como si nada fuera diferente pero al cabo de unos minutos vi que, por mucho que yo quisiera lo contrario, todo era diferente. Comencé a llorar. Sonó el timbre y ni me levanté del rincón donde con la rodillas a la altura de la cara estaba intentado esconderme, sabía que era Hugo y que tenía llaves de mi apartamento. Entró tirando un confeti hasta que se dio cuenta de donde estaba. Tiró su absurda careta con la que había venido para celebrar y se arrodilló a mi lado. Le conté con todo lujo de detalles lo que había pasado y él cual sensiblero mejor amigo acabó llorando conmigo. Ambos repasamos cada segundo de lo que había pasado. ¿Por qué había querido jugar de esa manera? ¿Por qué ese último beso que hacía evidente que había caído profunda e irreparablemente enamorada de él?

Hugo me ayudó a desmaquillarme, a ponerme al pijama, a no comerme todo el

helado que había en el frigo y se acostó a mi lado en la cama de matrimonio alternando acariciar mi pelo con darme un pañuelo para las lágrimas hasta que me quedé dormida a eso de las cuatro de la mañana.

Sonó el despertador como todas las mañanas, olía a tostadas y café, definitivamente Hugo se había quedado toda la noche. Me las trajo en una bandeja a la cama. Me regaló un vestido rojo y un abrigo blanco que me puse tal y como me exigió. No dejó que me recogiera el pelo, lo onduló, tapó mis ojeras y mis restos de llanto dejándome tal vez más guapa que cualquier día anterior. Me obligó a ponerme frente al espejo y bajé la vista, alzó con dos dedos la barbilla de aquella muñeca rota, sabía que estaba guapa pero no me quería sentir así.

-Esa mujer que ves frente al espejo es la que hace tiempo te decidiste a perder, es cierto que no has tenido mucha suerte ni en el amor, ni en el trabajo pero no debes olvidar quien eres, vales mucho, mucho más que cualquier barbie que ves en la calle porque resulta que, tú, eres natural e irremediablemente pasional. Deja que tu cabello vuelva a volar con el viento. Sonríe cuando un hombre se quede mirando tu escote, no escondas tu figura porque como ves ni el mejor de los escudos de niña de uniforme te ha salvado de estar llorando por un hombre. Sal ahí y demuestra que no pueden contigo. Haz lo que tengas que hacer Claudia, pero vuelve sintiéndote bien contigo misma, es lo único

que puedo decirte.

Salí de mi edificio decidida, crucé las tres calles que me separaban del metro, bajé las escaleras abarrotadas por el tráfico de gente. Subí al vagón, perdí mi mente en recuerdos y preguntas. Bajé, respiré aire de la calle y me paré frente a la entrada del edificio. Sabía lo que tenía que hacer. Sabía lo que quería hacer, y también sabía que como el día que decidí que si no encontraba trabajo me volvía a mi origen hoy tomaba una decisión. Si con lo que iba a hacer me despedían era porque así tenía que ser no porque fuera incorrecto.

Entre como una bala a recepción. Esperé unos cuantos minutos el ascensor. Subí en él y respirando muy profundo con la cabeza alzada toqué el botón que indicaba el piso número trece. Aguanté todas las paradas, la gente subiendo y bajando a mi lado, incluso la desagradable compañía de Marianne durante unos 2 minutos en los que la envidié. Por fin llegué a la planta de presidencia, toqué la puerta y no esperé respuesta. Entré. Se quedó mirándome como si supiese exactamente lo que iba a pasar, se levantó, se acercó lentamente a mí, paró a dos centímetros, me miraba a los ojos esperando, y yo hice lo que tenía que hacer...

La bofetada resonó en la sala de presidencia, después inexplicablemente me besó, cogió con sus dedos mi nuca, recorrió con sus labios mi cuello, agarró mi cintura, paró sus manos con las mías y simplemente me fui...

El mes siguiente intentamos evitarnos todo lo que pudimos, yo me centré en mejorar como financiera y abogada. En vestirme con la nueva colección de Hugo y salir con él, habíamos decidido ambos dar de nuevo vida a nuestras amistades y salidas. Había que salir de la soledad por miedo. Quedábamos todos los fines de semana con gente, íbamos a clubs, bares, restaurantes... Excepto los domingos que nos dedicábamos a pasar una noche de películas románticas en mi apartamento.

En la última semana de Noviembre, como todos los viernes, salimos a cenar, Hugo y yo decidimos ir a un sitio mejor que de costumbre a celebrar que su última colección estaba siendo vista en todas las pasarelas. Nos vestimos de gala, pasamos una noche agradable y cuando esperaba un taxi para volver al apartamento pasó una de esas casualidades que yo llamaría destino. Su coche pasó por la del restaurante y me vio, bajo la ventanilla derecha de su Ferrari y me dijo que no se iría sin mí. Sabía que era verdad así que me subí, me llevó a mi edificio. Me acompañó hasta la misma puerta, no nos habíamos dicho nada en todo el trayecto, metí la llave en el bombín. Le miré. Se giró para irse.

-Peter. –Susurré.

Se volvió hacia mí alzándome con sus fuertes brazos, y ya nada más importaba aquella noche. Rodeé con mis piernas su cintura, apartó con su mano mi cabello y besó mi cuello. Entramos al apartamento y sin parar de besarme me

llevó hasta los pies de la cama. Me paró allí recorriendo mi habitación con su vista hasta localizar un espejo de cuerpo entero que tenía frente al ropero. Me cogió otra vez, esta última como si fuéramos recién casados y me paró frente al espejo. Siguió besándome, volteó mi cuerpo hacia el espejo, le veía en el reflejo, se quitó el suéter por encima de la cabeza como ya le había visto hacerlo en alguna ocasión, con suavidad cogió el pelo y lo echó hacia un solo lado. Acercó sus labios a mi oído. Besó la punta de mi oreja, la mordisqueó con dulzura, bajó al cuello, desabrochó el vestido que cayó a los pies.

-¿Te ves? Eres realmente hermosa y única. –Susurró-

Me llevó a la cama desenfrenadamente y lo que pasó allí ya es historia. El placer fue inmenso, la satisfacción infinita pero ambos sabíamos que eso sólo había pasado esa noche y no volvería a repetirse, fue un precioso error.

Cuando llegué a la empresa al día siguiente lo podía ver menos que nunca porque recordaba sus manos entrelazadas a las mías, sus ojos clavados en los míos en todo momento, la pasión que en un cuarto se había desatado... Fui llamada a la primera planta por la mismísima señora Verena, entré a su despacho y ella se hallaba de pie mirando hacia los cristales exteriores.

-Soy madre. ¿Sabe? Tal vez por eso soy la única que se ha dado cuenta, pero es suficiente, voy a ser franca con usted señorita, mi hijo la ve de un modo

diferente del resto de empleadas y eso me inquieta. Como sabe se va a producir en tan sólo unas semanas el enlace de Marianne y él, le aviso de antemano que cualquier relación que establezcan antes me da exactamente igual, usted tras la boda deberá desaparecer por completo y mire, si quiere sinceridad yo se la doy, es un matrimonio de conveniencia sí, pero necesario para esta empresa. El padre de esa muchacha nos asegura una cantidad de capital extraordinario y el enlace se va a producir porque Peter no permitiría que fuese de otro modo. No sea la otra. Le voy a dar una opción más que deseable para usted, le ofrezco unas vacaciones totalmente pagadas durante dos semanas que faltan para el enlace, luego usted vuelve y trabaja con normalidad en esta empresa. Le advierto de antemano que si no acepta o le va con el cuento a mi hijo, la destruiré como empleada en todos los países donde mi empresa tiene influencia y le aseguro que son muchos y tarde o temprano también conseguiría que mi hijo se deshiciera de usted así que... ¿Qué me dice? ¿De verdad piensa que merece la pena?

-Me iré. –Contesté.

CAPÍTULO 8

No le dije nada ni a Anabel en la empresa. Se lo conté a Hugo y decidió venirse la primera semana conmigo para asegurarse de que estaba bien. Preparamos todo el equipaje, le advertí que metiese ropa de abrigo y que salimos esa misma tarde. Llegando el aeropuerto y sin poder contenerse más me miró.

-¿Y a dónde es que vamos querida? –Antes de afirmar acompañarme no había tenido ni la precaución de preguntarme a dónde.

-A Soglio, Suiza. –Contesté sin muchas ganas.

No había sido igual de cómodo viajar con Hugo; tuvimos que esperar dos horas, pasar por los controles, embarcar, esperar e ir en clase turista. Aún así se hacía ameno estar a su lado, él conversaba sobre tejidos, texturas y daba su opinión sobre los atuendos de cada persona que se encontraba a bordo, si algunos de ellos supieran lo que mi frenético amigo pensaba quizás hubiera bajado llorando al aterrizar.

Serían las seis y algo cuando llegamos, la nieve nos recibió con gran agrado. Hugo era feliz de poder ponerse sus gorros de diseño, cogimos un autobús hasta la villa y en la puerta tuvimos que bajar para seguir a pie, al menos

aquella vez me lo esperaba. Al pie de la escalera de piedra decidimos que era hora de distraerse y acabamos por entrar en la chocolatería.

El aroma a chocolate puro fundiéndose inundaba mis fosas nasales, el olor dulzón se apoderaba de mí. Debía de ser por aquellos gruesos copos de nieve pero en aquella habitación no había espacio ni para un alma. ¡Y ya no digamos si buscábamos mesa! Para nuestra suerte y mi sorpresa vi que al fondo en unas butacas un chico nos alzaba la mano llamándonos. Al principio no lo reconocí pero conforme más cerca estábamos más fácil era, me agradaba verle, me había ayudado mucho al vestirme la última vez que estuve aquí, aunque ahora que me daba cuenta no sabía ni su nombre.

-Claudia ¿verdad? –Se levantó de su asiento y nos invitó a sentarnos con él.

Que se acordara hasta de mi nombre me avergonzó mucho puesto que yo no había tenido ni la decencia aquel día de preguntarle por el suyo. Mathew, así se llamaba, era extravagante, tal vez no tanto como Hugo, pero lo era, supe que encajarían en cuanto observé que ambos se sentaban igual, pedían lo mismo y se sonreían mutuamente. De buena gana nos preguntó por nuestro alojamiento, planes y posibles excursiones ofreciéndose finalmente, aunque juraría que lo pensó nada más ver a Hugo, a ser nuestro guía turístico.

Estaba cansada del viaje y de todo lo que había ocurrido así que los dejé

charlando alegremente sobre sus respectivos diseños y me retiré. Cuando me encontré de frente con las escaleras de piedra mi mente, sin pedir permiso, se puso a divagar mientras avanzaba... Recordé nítidamente como llovía aquel día, la forma de cogerme cuando yo ya no podía más en el barro, sus boca entreabierta con las gotas de agua esparcidas por la cara, por el cuerpo. Al abrir la puerta le vi aparecer como si fuese real abrazándome fuerte, pero no era más que otra trastornadora ilusión. Me dejé caer sobre el borde de la cama por un rato. ¿Podrían haber sido las cosas de otra manera? ¿Hubiera podido hacer algo yo si él ya era hombre comprometido? Pasé más de una hora debajo del chorro de agua caliente. Me sequé y me miré al espejo. “¿Te ves? eres realmente hermosa y única”. Resonó en mi cabeza, cayó la primera lágrima y otra y otra hasta que encogida en mi cama, en la que una vez estuve con él, me dormí.

Sabía que no podía retrasarme ni un minuto al vestirme, Hugo estaba desquiciado por volver a pasar el día con Mathew. Tocaba un súper recorrido por la villa, lo veríamos todo. Empezamos por reunirnos con nuestro ahora guía personalizado, iban vestidos a juego, juraría que lo habían planeado la noche anterior, me sonreí al pensarlo, me ofrecieron ir a su vera pero preferí ir unos pasos más atrás. Llegamos a una colina nevada donde resaltaban unas casetas de madera donde según Mathew habían venido cientos de amantes clandestinos a prometerse amor eterno, pasamos por un río helado donde sólo

se veía alguna que otra tímida flor gélida, seguimos avanzando hasta chocarnos con la mansión de los Weber que preferí no comentar. Me constaba que Hugo le dijo que no nos contara la historia de aquella casa y menos de sus habitantes, pareció entenderlo perfectamente. Paramos para comer en un pequeño restaurante antiguo cuyos dueños eran italianos, disfrutamos de la pasta y de unos caldos que quitaban de manera mágica el helor del cuerpo. Ellos comenzaron a hablar de viajar al Norte de Suiza de donde era Mathew y yo me distraía buceando en mi caldo con la cuchara.

-¿No hay ninguna forma de convencerte de que aproveches estas vacaciones para conocer mi origen? –Mathew preguntaba a Hugo- Prometo ir contigo después a Madrid.

¿Quién era yo para evitar que dos personas tan maravillosas que habían sufrido un flechazo aprovecharan? Les dije que por mí no había problema, es más, que quería estar sola, que necesitaba unos días tranquila y además no me iba a sentir bien si cancelaban aquel perfecto plan. Me llenaron de besos, agradecieron que lo único que pidiera a cambio fuera una llamada diaria para ver cómo les iba. Les ayudé a hacer las maletas y les despedí en la estación de autobuses. Ahora estaba sola y tenía que reconstruirme como fuese y hacerme la idea de que cuando volviese lo vería casado, con otra, de que nunca debía ser de otra manera ni aunque la ocasión se presentara.

En cuanto salió el sol cogí un mapa de la villa completa y con ropa de montaña fui a seguir investigando. Estaba pensando en quedarme allí, el nivel de vida era bueno y no demasiado caro. Tal vez si hablaba con la señora Verena me trasladaba con tal de no verme a una de las zonas de Suiza, la más cercana a Soglio posible. Volví a la colina nevada y desee estar ahí con él, como la noche en mi apartamento. Seguí caminando y encontré un atajo entre los árboles frondosos que llevaban también a la mansión, me senté en una roca a mirar, como antes no había querido hacerlo, la casa familiar de los Weber con detenimiento; Tenía una valla de hierro de unos dos metros y medio, los barrotes eran anchos y cada 30 centímetros contaba con una especie de decoración con acabados dorados; Había un camino hasta la entrada de unos doscientos metros que ahora estaba cubierto de nieve, a cada lado de él había rosales cuyas flores estaban totalmente abiertas; Un poco más allá había una fuente cubierta de blanco con dos figuritas besándose en su cumbre, lo curioso de ellos era que del bolsillo del hombre salían billetes, una decoración un tanto extraña; El jardín tenía un millón de detalles, pero en concreto llamó mi atención una de las rosas cercanas a la entrada, era enorme y de color rojo intenso, decidí cortarla. Vale, no era algo que soliera hacer pero no creía que a ninguno de sus dueños le importara. No me los imaginaba pendientes de aquel jardín con una regadera en la mano.

Definitivamente me había vuelto loca. Dejé el bolso que llevaba colgando

escondido al pie de un árbol, di una vista rápida a mí alrededor, no se veía movimiento alguno. Corrí a la valla y me encaramé en ella, tal vez me costó más de lo que yo hubiera deseado debido a mi corta estatura, no llegar al metro sesenta no era mi mayor ventaja, tal vez mi agilidad por lo menos me acompañaba. Subí hasta lo alto con ayuda de los acabados dorados sirviéndome como apoyo y me dejé deslizar al otro lado. Vi mis huellas ensuciar la nieve al paso, me acerqué a la rosa escogida, por un momento pensé en si Peter me la hubiera regalado de haber sido las cosas distintas. Borré los pensamientos y quise concentrarme en lo que estaba haciendo, sólo me faltaba una denuncia por allanamiento. Observé el tallo de mi objetivo para asegurarme de no tocar las espinas mientras la cortaba, lo hice con dos dedos con sumo cuidado y justo cuando la tenía ya en mi mano toqué una de las espinas. ¡Ay!. La solté y me llevé el dedo a la boca.

-Te pasa por ir robando –Una carcajada sonora y conocida me sacó del pequeño dolor agudo.

Reconocía esa voz, ese tono burlón... Me giré y estaba ahí. Parado tras de mí como acostumbraba a hacer, como lo hizo el día que me robó el pañuelo, cuando deshizo el moño en el avión... Iba vestido de abrigo. Un suéter verde oscuro de lana y unos pantalones negros... Su cara era la de un niño inocente o la de un gato que viene a pasar la cabeza por tu cuerpo para pedirte que le

rasques las orejitas. Se puso serio e irguió la cabeza, se agachó a recoger la rosa y me la dio una vez envuelto el tallo en un pañuelo que sacó del bolsillo. La acepté y empezamos a andar por la nieve sin decirnos nada.

-Si tengo que pagar por la rosa, lo hare. –Fue la única absurdez que tuve el tino de decir.

-Qué casualidad que los dos hayamos acabado aquí. Pensé que te habrías ido a otra empresa. –Pensó en voz alta. –No a otro país. –Se detuvo para mirarme de frente. -¿Por qué a éste lugar?

-No lo sé. –Empecé a andar de nuevo. –Es un lugar muy bonito. ¿Y tú? ¿Cómo por aquí? –Intenté girar la atención hacia él. Se supone que se iba a casar en breve y está por aquí.

-Necesitaba despejarme. –Aseguró. –No esperaba encontrarte aquí.

-¿Y qué cambia eso? –Aproveché mi ropa cómoda para aligerar el paso, como si tener más ritmo fuera a ayudar en algo a lo que tengo dentro de mí. -¿Has venido sólo o te acompaña tu futura esposa?

-Clau... -Se detuvo pero yo no lo hice. Mis lágrimas se empezaban a agolpar detrás de mis ojos. –Mírame. Vamos a hablar.

-¿Qué hay que hablar? –Me giré para encararle. –No sé qué haces aquí. Ha

sido una casualidad muy desagradable encontrarnos aquí, pero eso no significa que tengamos que hablar ni remover algo que para mí está olvidado.

Sentencié y me fui. Sabía que me seguía de cerca pero no quería seguir algo que no tenía sentido. Entré en la habitación y me despojé de la ropa. Me metí a la ducha como si el agua pudiera salvarme de mí misma. Cuando salí con la toalla atada al cuerpo como única vestimenta me sorprendió ver a Peter ahí. Sentado en la esquina de la cama. Sin camiseta. Esperándome.

Mis piernas empezaron a temblar. Intenté controlarme a mí misma. Pero mis ojos rodaron hacia sus abdominales marcados como si con cincel hubieran sido hechos. Sus grandes y musculosos brazos se me hacían deseables. Sabía con qué fuerza podían cogerme y hacer me mujer. Los labios de él estaban entreabiertos y yo nada más que podía recordarla recorriendo mi piel centímetro a centímetro consiguiendo que explotara una y otra vez hundida de placer.

Siguió mirándome. Como si fuera yo la única que iba a decidir qué pasaba entre nosotros.

-Dime la verdad. –Dejé caer la toalla al suelo dejando que me vea totalmente desnuda. –No necesito que me envuelvas otra vez. Sólo dime si esto es una despedida o un comienzo.

-Una despedida. –Afirmó.

Y me entregué al placer. Porque lo necesitaba. Porque quería arañarle la espalda. Porque quería imaginarme que era su dueña por un día. Me acerqué y me subí a él. Besé y succioné su cuello mientras me abrazaba poniéndome sobre su dura erección. Desabrochó mi sujetador dejando mis pechos al descubierto sólo para él. Me miró como si sostuviera la cama sobre la que estábamos. Mordisqueó juguetonamente cada uno de mis rosados y duros pezones. Liberé su miembro viril erecto masajeándolo entre mis manos oyendo sus guturales sonidos en mi oído. Estaba dispuesta a entregarlo todo en la última noche. Me agaché entre sus fuertes muslos para introducir en mi boca su gran erección. Le oía susurrar mi nombre y eso me avivaba a hacerlo con más intensidad hasta que su culmen cubrió mis labios.

Entonces fue mi turno. Me enterró en las sábanas para hacerme sentir el mayor fuego dentro de mí que había sentido en mi vida. Recorrió con su lengua toda mi pierna llegando al interior de mis muslos. Succionó el interior de mi ser acariciando mi clítoris con su lengua. Grité su nombre mientras enterraba mis manos en su pelo.

Cuando llegó el momento de la penetración gemí sintiéndome en un gran abismo. Caí al vacío sucumbiendo al placer, al orgasmo, a la felicidad.

CAPÍTULO 9

Amaneció y en mi cadera reposaba la mano de Peter. Me levanté decidida. Para mí había sido una noche perfecta. Pero era la hora de decir adiós, y era mi turno despedirme. Me cambié y recogí mi equipaje dejándole una nota de mi puño y letra. Después abandoné la habitación.

-¿Y qué ponía en la carta que le dejaste? –Cuando me reuní con Matthew y mi mejor amigo en la ciudad natal del primero no se cortaron en preguntarme ya que les había contado la noche y mi huida.

-Que es un idiota. –Me miraron como si estuviera loca. –Y que lo entendía. Que quién era yo para ponerme en medio de un acuerdo multimillonario aunque éste se firmara por medio de una boda. –Siguieron esperando a que les dijera algo más. –Y que tenía que darle las gracias. Por engordar mi currículum y ante todo, mi querencia por mí misma. Hacía tiempo que no me sentía amada y, aunque hubiera sido un plato secundario en su vida, había conseguido despertar y satisfacer todos mis sentidos.

Se quedaron desencajados con mi historia pero tampoco hicieron más preguntas. Quizá entendieron que aunque lo contaba de forma natural era algo que me había afectado hacer.

-¿Y bien? –Hugo se sentó frente a mí el día después de nuestra supuesta vuelta. Había tenido la consideración de no hacerme preguntas ni agobiarme cuando le dije que no cogería ese avión y que había enviado mi renuncia por correo.

-¿Y bien qué? –Le miré porque no entendía desde cuando éramos duros el uno con el otro y nuestras malas decisiones.

-Queda un día para su boda. –Recalcó.

-Pues que sea muy feliz. –Afirmé con algo de pesar en el corazón.

-¿Por qué eres así? –Le hice un gesto de “¿Así cómo?”. –Sabes que sientes algo especial por ese capullo y no me puedo creer que no vayas a hacer nada para evitar que se case con otra mujer. ¡Y una a la que no quiere! Porque si la quisiera y fueras la otra...Pero no, eres la primera.

-¡NO! –Grité ya cansada de pensar. –No soy la primera ni la última, soy una más. Él vive por y para su empresa y yo sólo estuve ahí por casualidad. Como una diversión, como una experiencia. Y así es como lo voy a recordar yo. Agradecería que no se me estuviese mencionando cada cinco minutos.

-Bueno, pues yo sigo pensando que, al menos, deberíamos viajar a España. Si resulta que te arrepientes de dejar que suceda esa locura, te dará tiempo a personarte en la iglesia. –Sugirió locamente.

-Si voy contigo a España. Pasa la dichosa boda y a mí no se me remueve ni un poquito el estómago. –Pensé en voz alta. -¿Me dejarás volver aquí e instalarme sin estar hablando de eso a cada segundo?

-Por supuesto. –Aceptó al instante como si no confiase ni un poquito en mi supuesta fortaleza.

El vuelo fue horror, pero al menos, nos acompañaba su nueva media naranja. Él estuvo entretenido y yo pude pensar más en la situación. ¿Y qué podía hacer yo? Era cierto que me dolía que se fuera a casar, pero también lo era que le había preguntado de alguna forma si podía ser un comienzo para nosotros y él había dejado claro que era una despedida.

Una vez en España, montados en el taxi, pasamos por delante de las oficinas y me recreé en los recuerdos desde el primer día que entré en esas oficinas. Supe que Hugo lo hizo a posta para intentar remover mi interior pero permanecí impasible.

Les pedí que me dejaran sola la noche. No necesitaba estar oyendo lo que creían que podía estar haciendo mal o bien.

Mi cuerpo estaba envuelto en las sábanas. Veía la televisión quitando todas las putas comedias románticas. Tocaron al timbre de mi apartamento y dudé si levantarme o no. Les dije que quería estar sola. Insistieron tanto que tuve que

levantarme e ir con toda mi mala hostia a pedirles que se fueran.

Abrí la puerta y me quedé totalmente helada ante la imagen de Peter en mi puerta. Fuera estaba lloviendo y estaba totalmente empapado.

-Creí que ya nos habíamos despedido. –Le dije.

-Así es. –Afirmó mirándome con ojos suplicantes. –Pero estás aquí. –Casi fue una súplica.

-¿Y tú como te has enterado? –Le exigí saber.

-No te lo puedo decir. –Rodé los ojos en contestación. –Pero necesito que me contestes una cosa. –Puso su mano sobre el marco de la puerta como si supiera que quería cerrar y dejarle fuera. Hacer una valla de protección contra mis propios sentimientos. –Dime que no lo haga.

-¿Qué? –Me ahogaba. Me faltaba el aire. Sabía a lo que se refería. Sabía que quería que yo le dijera que no debería casarse. ¿Pero por qué? ¿Por qué tengo yo que pedírselo cuando puede hacerlo él sin más?

-Dime que no lo haga. Dime que hay un buen motivo para tirar por la borda todo lo que he hecho durante mi vida. –Me agarró la mano acercándose a él de forma que pude inspirar su fragancia. Esa que me envolvió en amor y placer.

-No lo hay. Lo siento. –Me quité de su agarre y cerré dejándole fuera. A continuación puse la música muy alta. Dudé de que fuera a decir algo pero, si lo hacía, no quería saberlo. Hundí mi cuerpo en la cama y cerré los ojos todo lo fuerte que pude.

Me desperté múltiples veces en la noche y también cuando ya había amanecido, pero me resistí a levantarme. No iba a intervenir. No lo iba a hacer, porque yo no tenía que mendigar amor.

Cuando mi móvil sonó y vi que era Hugo me planteé si cogerlo. Decidí que no. Me envió un mensaje diciéndome que era importante. Como contestación apagué el móvil. Me lo merecía. Un día de lamentación propia. Se me ocurrió algo patético pero me permití hacerlo. Me vestí y maquillé de fiesta. Me haría un selfie para contraatacar los retratos felices de la boda y aparentaré estar perfectamente.

Cuando me miré en el espejo una lágrima corrió involuntariamente por mi mejilla y la limpié intentando que no se corriera el maquillaje. Llamaron al timbre. Sería el pesado de Hugo. Por haber apagado el móvil. Abrí preguntándome qué le diría cuando me preguntase por mi reluciente vestimenta.

-Peter... -Estaba ahí, plantado. Vestido de traje. Le sentaba como un guante.

Enfundado en azul marino que resaltaba sus ojos claros. Llevaba aún el ramillete de la boda en su bolsillo superior derecho. Me miró como si se sorprendiera de verme arreglada.

-¿Pensabas asistir a mi boda pero has llegado tarde? –Señalo mi ropa algo confuso.

-¿Cuándo uno se casa no se va de luna de miel? –Le dije intentando contener la sorpresa de verlo allí.

-¿Puedo pasar? –Preguntó sin perder el contacto visual. Asentí y me senté en el sofá sin saber bien que rol coger. –Deberías haber venido a la boda. – Afirmó.

-¿Has venido a decirme eso? –Espeté incrédula.

-Te habría encantado la cara de los invitados viendo que me iba de la iglesia. –Me quedé helada, mirándole con una mezcla de temor y confusión. –Fui tonto. Vine aquí para decirte que me pidieras que no me casara pero no me di cuenta de que era yo el que lo perdía todo si lo hacía.

-Peter yo... -Susurré ante tal declaración.

-Sólo quiero saber si es demasiado tarde, si ya te has dado cuenta de que nunca merecí la pena. Que te perseguí desde el momento en que te conocí pero

no fui capaz de decirte nada coherente aún sabiéndome que todo empezaba a cambiar entre nosotros. –Interrogó suplicantemente.

-¿Si te dijera que sí? ¿Qué es tarde? ¿Qué ya no hay nada que puedas hacer? ¿Darías media vuelta y entregarías tu vida a esa mujer por conveniencia? – Pregunté con mi corazón galopando involuntariamente.

-Mi vida ya se la he entregado a la única mujer a la que podía dársela. Si no la quieres, sólo me quedará seguir pidiéndotelo hasta que tu única opción sea decirme que sí, porque no podría vivir con la sensación de haber perdido lo único que el dinero jamás podrá comprar. El amor.

Me abrazó y me besó y sólo pude dejarme llevar por la pasión y el amor. No esperaba que eso sucediera porque hubiera sido pensar que el amor existía para mí, que las comedias románticas tienen sentidos y que merecía ser feliz. Y no lo creía, pero por suerte o por destino, fue así.

Nota del autor

Esta novela está hecha con el espíritu del amor que tanto me gusta. Es de esas historias que lees y abrazas el libro y piensas “qué bonito”. Confieso que he llorado escribiendo el final. Espero que os haya gustado y os agradezco su lectura.

Agradecimientos:

A mi otro yo. Esa autora de fantasía que se ha animado a hacer este libro arriesgándose a conocer otros géneros.

A todos los que leáis este libro porque sois un@s enamorados del amor.